

AÑO SANTO COMPOSTELANO: TIEMPO Y ESPACIO PARA LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

+ **Francisco José Prieto**

Obispo Auxiliar de Santiago de Compostela

26 de abril de 2021

Acogida Cristiana en los Caminos de Santiago

Webinar para sacerdotes, religiosos y religiosas del Camino

Introducción

Permitidme que comience con las mismas palabras con las que nuestro Sr. Arzobispo inicia su Carta Pastoral con motivo de este Año Santo Compostelano:

“Os anuncio con alegría la celebración del Año Santo Compostelano 2021, Año de gracia y de perdón, a quienes deseáis participar en sus gracias jubilares. En este tercer Año Santo Compostelano del tercer milenio del cristianismo, el testimonio audaz del Apóstol Santiago es una oportunidad para redescubrir la vitalidad de la fe y de la misión, recibida en el Bautismo. Él se hace altavoz para todos, y os convoca por los caminos de la conversión a Dios, para que en vuestro hoy la proclamación de Jesús en Nazaret sea el impulso de vuestro peregrinar y de vuestro entusiasmo profético en la misión cristiana”¹.

Y a raíz de una entrevista reciente para el boletín de la Fundación Acogida Cristiana en los Caminos, en la que me preguntaban sobre el Camino de Santiago como espacio propio para la Nueva Evangelización, comentaba lo siguiente:

“Desde esta perspectiva, el Camino de Santiago se presenta como un gran espacio abierto (al modo del ágora de Atenas, cf. Hch 17, 16ss) en el que caminan los que buscan y los que no buscan, los inquietos y los indiferentes, los creyentes y los no creyentes. Y en ese camino debemos suscitar la pregunta por el sentido de la vida, por su horizonte trascendente. El Camino es ocasión para buscar a Dios y dejarse encontrar por Él. Y como la mochila del peregrino, ligeros de equipaje, pero densos de vida y de ganas de encuentro, de propuestas, de escucha, para ofrecer

¹ JULIÁN BARRIO BARRIO, *¡Sal de tu tierra! ¡El Apóstol Santiago te espera! Carta Pastoral en el Año Santo Compostelano 2021* (Santiago de Compostela 2019), 1.

al caminante el don de la fe que, como alguien escribió², no es una bandera que se lleva con gloria, sino una vela encendida que se lleva con la mano entre la lluvia y el viento, en una noche de invierno”³.

Año Santo y Camino de Santiago, tiempo y espacio, un año de gracia y un tiempo oportuno, horizonte y sendero en estos tiempos que, marcados por el drama y la dureza de la pandemia, en palabras del Papa Francisco, debemos recorrer en esperanza por las semillas de bien que Dios sigue derramando en la humanidad y asumiendo que, ante este reto y siempre, nadie se salva solo⁴.

Ante la novedad de los cambios (estamos en un cambio de época más que una época de cambios, acelerado por la pandemia) que emergen en nuestra sociedad y que afectan a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, la Iglesia, arrinconando el temor y los prejuicios, debe proponer con emoción y convicción, con alegría y libertad, con apertura y profundidad la siempre novedosa Buena Noticia que brota de la salvación que Dios Padre nos regala en Jesucristo. Una Iglesia que se presente como experta en humanidad porque Cristo es el *novum* definitivo que renueva al hombre y le devuelve una esperanza de salvación que nada ni nadie le podrá arrebatar. Y en este Año Santo y en los Caminos que conducen hasta la tumba apostólica son muchos los peregrinos (esperemos que pronto sean más) a los que acercar y mostrar el rostro del hombre nuevo que se nos revela en Jesucristo, rostro de la misericordia del Padre.

Nueva Evangelización (=NE) es un concepto “en construcción”, polivalente, fluctuante e incluso redundante (nueva buena nueva).

En todo caso, NE no puede ser un eslogan omnicomprensivo que se use para seguir haciendo casi lo mismo (“si todo es nueva evangelización, nada es nueva evangelización”), ni una palabra mágica que sea el remedio de nuestros males, con el peligro de ser una moda teológica y pastoral. No se trata de anunciar un nuevo Evangelio, sino de anunciar el Evangelio de una forma nueva, en nuestra sociedad de hoy donde el anuncio de Dios y de la buena nueva de la fe cristiana suena a relato viejo y caducado.

²Palabras de la intelectual y política italiana, Natalia Ginzburg, en su libro *Nunca me preguntes*. Cita tomada de un artículo del cardenal G. Ravasi, ‘Dios al teléfono’ (*Vida Nueva* 2877).

³Boletín informativo de la Fundación Acogida Cristiana en los Caminos de Santiago, *La Iglesia en los Caminos* (abril 2021, nº 14, p. 10).

⁴FRANCISCO, Carta Encíclica *Fratellitutti* (Asís 2020) 54-55.

Y no se trata, por supuesto, de un proyecto de recuperación de cristiandad o de reconquista del poder político. La clave fundamental de la NE es de renovación, no de restauración. Antes de “hacer” es necesario encontrar el fundamento de nuestro “ser” cristianos, de modo que la NE no sea vivida como un añadido en un momento de crisis, sino como la constante misión de la Iglesia asumida con renovado impulso.

¿Cómo seguir anunciando a Jesucristo en un mundo que ha oído hablar de Él, pero que vive como si nunca lo hubiera escuchado? El hombre del siglo XXI vive una serie de cambios acelerados que afectan a su vida personal y social (Hombre *globalizado* sin y con fronteras; Hombre *económico* crisis/ beneficio /desigualdades; Hombre *político* regeneración/corrupción/populismos; Hombre *tecnológico*, Hombre *informatizado* y “*en red*”, y ahora el Hombre *pandémico* fragilidad /solidaridad/ individualismo social y personal)

En el escenario propiamente religioso se constata que el patrimonio de fe, de vida, de cultura, de valores heredado, se ha vuelto prescindible para el hombre de hoy. Dios ya no es necesario en la vida cotidiana (“eclipse del sentido de Dios”, Benedicto XVI). El hombre de hoy no percibe la ausencia de Dios como algo que falta a su vida. Vivimos en un mundo en el que, pese a la cultura y la historia de hondas raíces cristianas, no se puede presuponer la fe. Aún percibimos un barniz cristiano, pero se vive realmente de espaldas a Dios.

Ante la situación descrita, nos preguntamos: ¿necesita la fe un nuevo anuncio? ¿Ha cambiado tanto el mundo para que esto sea necesario? ¿Está nuestra fe tan debilitada? ¿Cómo seguir proponiendo la perenne verdad del evangelio de Cristo en este Año Santo Compostelano? ¿Estamos alejados de la fe o alejados de los hombres?

¿Cómo evangelizar en la actualidad con fidelidad y audacia? San Pablo VI hablaba en *Evangelii nuntiandi* 76 de “una evangelización que brote de una verdadera santidad de vida... el mundo exige a los evangelizadores que le hablen de un Dios al que ellos mismos conocen y tratan familiarmente... una marca de santidad que no haga vana e infecunda nuestra palabra”. El papa Francisco actualizó esta llamada a la santidad de vida en su Exhortación Apostólica *Gaudete et exultate* (2018).

¿Cómo ha de vivir un creyente su vocación espiritual y misionera ante los cambios sociales y culturales de nuestro tiempo? ¿Cómo asumir con renovado impulso la propia misión evangelizadora de la Iglesia en el contexto de la acogida de los peregrinos en el Camino?

Puede resultar clarificador, de cara a una respuesta que no sea ni superficial ni improvisada, tratar de indicar, en primer lugar, *qué no es nueva evangelización.*

- *No es un nuevo modelo de acción pastoral, que substituye simplemente otras formas de acción (la primera evangelización, la atención pastoral), sino más bien un proceso de relanzamiento de la misión fundamental de la Iglesia*
- *No se trata de hacer simplemente “cosas”: ni rebautizar las que ya tenemos ni inventar acciones por el mero afán de sorprender innovando. Se trata de actitud de fondo, de renovar vida de fe (personal y comunitaria) (¿una re-iniciación cristiana?)*
- *No es una cuestión organizativa o estratégica, sino más bien espiritual. El secreto último de la nueva evangelización es la respuesta a la llamada a la santidad de cada cristiano.*
- *No significa “nuevo Evangelio”, porque «Jesucristo es el mismo, ayer, hoy y por los siglos» (Hb 13,8). La evangelización no va a ser nueva si cambiamos el “quién” (Jesucristo) y el “qué” (Evangelio). Significa dar una respuesta adecuada a los signos de los tiempos, a las necesidades de los hombres y de los pueblos de hoy, a los nuevos escenarios que muestran la cultura a través de la cual expresamos nuestra identidad y buscamos el sentido de nuestras existencias. Consiste en promover una cultura más profundamente arraigada en el Evangelio, en descubrir «el hombre nuevo» (Ef 4,24), que está en nosotros gracias al Espíritu que nos ha sido dado por el Padre en Jesucristo.*

Por ello, desde lo dicho anteriormente, lo primero y fundamental es que la Iglesia necesita re-novar, hacer “nueva” su evangelización:

- “*imaginando* nuevos instrumentos y nuevas palabras que hagan audible y comprensible la palabra de la fe en los nuevos desiertos”
- “*reanimando* el fervor de la fe y del testimonio”
- “*redescubriendo* la alegría de creer, y el entusiasmo en la comunicación de la fe”.
- *recuperando* energías, voluntad, frescura e ingenio en su modo de vivir la fe y de transmitirla”.

Entonces, ¿qué hace nueva la evangelización?

a) La evangelización será nueva si todos los miembros de la Iglesia y toda su actividad evangelizadora (anuncio, celebración y caridad) realmente suscitan, acompañan y acrecientan un auténtico encuentro personal y comunitario con Jesús. Las categorías de encuentro y presencia responden a un anhelo muy sentido del hombre contemporáneo (hoy tan limitados por la crisis del covid19). El auténtico encuentro con el Señor no separa las dimensiones de gracia y responsabilidad, para evitar la dicotomía entre una práctica sacramental sin conversión de vida y sin fidelidad creativa (una gracia que no supone la naturaleza) o voluntarismos y moralismos, que por no abrirse o por estorbar la gracia, terminan vaciando la vida (una naturaleza que no se dispone a la gracia).

b) La evangelización será nueva si no nos centramos sólo en lo cognoscitivo de la fe, sino que también revelamos a los hombres de hoy su dimensión existencial y significativa para toda vida humana. Al ofrecer a Jesús como Verbo/Palabra de Dios hecho hombre, tenemos que proponerlo como aquel que se hizo uno de nosotros, asumiendo nuestra humanidad, condición de posibilidad para entrar en comunicación con nosotros y para salvarnos mediante la comunión con Él (principio patristico “lo que no se asume no se salva”). La fe es un don de Dios que crea adhesión y relación personal con Cristo en cuanto acontecimiento de comunicación y salvación para mi vida y para nuestra vida. Cristo, en y por su Iglesia, sale a mi encuentro y me integra a sí y a su comunidad para decirme y decirnos cosas vitales (comunicación) y transformar (salvación) mi existencia personal, familiar y social.

Por tanto, la evangelización es nueva si toca nudos personales y comunitarios, en primer lugar, lo que me interesa, y desde ahí nos abre a las dimensiones propias de la fe. La fe atrae cuando incide realmente en la vida de cada día. La fe tiene que responder a las preguntas que el hombre y la mujer de hoy se hacen. Más que nunca debemos anunciar los diversos aspectos del misterio de Jesucristo desde la lectura sapiencial y profética de las situaciones humanas cotidianas, personales y socioculturales.

c) La evangelización será nueva si con nuevos lenguajes y pedagogías presentamos el encuentro con Jesús. Los lenguajes que hoy más se entienden son los simbólicos y los virtuales, y no digamos los emocionales; el lenguaje de la relación humana que más se entiende es del diálogo y el del amor (Nicodemo, la samaritana). Estos lenguajes son puentes entre Jesús anunciado y sus destinatarios, que así se transforman en interlocutores invitados a responder y hacer dialogar la propia vida con Jesús.

d) La evangelización será nueva si somos capaces de una profunda conversión personal y de una valiente conversión pastoral, revisando estructuras, métodos y estilos que ya no son cauce para comunicar a Jesucristo como acontecimiento que, por mediación de la Iglesia, revela a Dios y transforma la vida. Pero con sabiduría y prudencia: es fácil deshacerse de lo que no me gusta o no acepto, pero no tanto de lo que ya no evangeliza.

e) La evangelización será nueva si nos dejamos renovar por el Espíritu: la nueva evangelización es un acontecimiento del Espíritu (verdadero protagonista de la evangelización).

f) Y, finalmente, será nueva si los creyentes, la Iglesia y sus comunidades somos capaces de presentarnos cercanos, amigos, peregrinos, compañeros... de los hombres y mujeres de hoy y de todas las realidades, para bien o para mal, que pertenecen al caminar de la humanidad. La Buena Nueva de Jesucristo, la Palabra hecha carne, fuente de comunión con Dios y con los demás, se predica viviendo la dinámica de la encarnación en la cotidianeidad para testimoniar la comunión que se recibe como don para compartirlo con otros.

Lo peculiar de la Nueva Evangelización, tan urgente como necesaria, tan polivalente como retadora, no estará en novedosas presentaciones ni en hábiles

estrategias de oferta religiosa, sino en la comunicación emocionada, más que doctrinal, de una vivencia única: la fe en Jesucristo no es un producto de mercado, sino la experiencia de haber vivido, personal y comunitariamente, el gozo de ser abrazados por un Amor incondicional, el de Dios mismo. Sólo desde aquí podremos ser en el mundo y con los hombres, nuestros hermanos, la sal que impregne de sabor evangélico los nutrientes vitales de la humanidad y la luz que quiebre oscuridades y miedos en el corazón de cada ser humano. Como sacerdotes, religiosas y religiosos del Camino de Santiago, tenéis, tenemos que ser evangelizados para ser evangelizadores, creyentes para ser testigos, orantes para hablar de Dios. Alguien ya escribió que antes de hablar tanto de Dios a los hombres, comencemos por hablarle a Dios de los hombres, y, entonces, nuestra palabra sobre Dios no será tan vana y nuestra mirada sobre el hombre no será tan superficial.

1. EL AÑO SANTO, UN CAMINO DE CONVERSIÓN PASTORAL

El papa Francisco hace una llamada urgente a la Iglesia para emprender un camino de conversión pastoral y misionera. Apropia una llamada en el contexto de un Año Santo que nos pone en camino para salir de nuestras tierras, tantas veces cómodas y refugio de nuestras rutinas (cf. Gn 12, 1) y encaminarnos a un horizonte que, tras pasar la Puerta Santa, nos abre, por el testimonio evangelizador del apóstol Santiago, al encuentro con Jesucristo, en el que siempre nace y renace la alegría y somos liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento⁵.

“MOCHILA” PARA ESTE CAMINO DE CONVERSIÓN

1.1. Experiencia de Jesucristo, el corazón y el centro de la Nueva Evangelización

“La nueva evangelización tiene su centro en Cristo y en la atención a la persona humana, para hacer posible el encuentro con él”⁶. Es el momento de “renovar ahora mismo el encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar

⁵FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium* (=EG) (Roma 2013) 1.

⁶XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos (7-28 de octubre de 2012), *Mensaje final al Pueblo de Dios* (=MF) 10.

la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso” (EG 3).

Es preciso recuperar un espíritu contemplativo que nos lleve a redescubrir el tesoro de vida y amor que encierra conocer a Jesús, la experiencia de gustar su amistad y su mensaje (cf. EG 265):

“No es lo mismo haber conocido a Jesús que no conocerlo, no es lo mismo caminar con Él que caminar a tientas, no es lo mismo poder escucharlo que ignorar su Palabra, no es lo mismo poder contemplarlo, adorarlo, descansar en Él, que no poder hacerlo. No es lo mismo tratar de construir el mundo con su Evangelio que hacerlo sólo con la propia razón” (EG 266).

Debemos ponernos a la escucha de Jesús, que nos invita a creer en él y a extraer el agua viva que mana de su fuente (cf. El icono de la samaritana: Jn 4, 14; MF 1). Entonces ni la sal de la vida cristiana se volverá sosa ni la luz de Cristo en el creyente se apagará (cf. Mt 15, 13-16). Por ello, es preciso redescubrir el gusto de alimentarnos con la Palabra de Dios y con el Pan de la Vida para seguir nutriendo la experiencia de un amor, el de Dios, que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y de gozo, y que nos abre el corazón y la mente para acoger la invitación del Señor a aceptar su Palabra para ser sus discípulos⁷.

La evangelización tiene como objetivo “conducir a los hombres y las mujeres de nuestro tiempo hacia Jesús, al encuentro con Él” (MF 2): “la fe se decide, sobre todo, en la relación que establecemos con la persona de Jesús” (MF 3). La Nueva Evangelización intenta posibilitar el encuentro con Jesús, proponiendo al ser humano de hoy la belleza y novedad del encuentro con Jesús. Este encuentro no es imposible, difícil ni incierto: Jesús mismo “sale al encuentro” y nos dice seguidme, lo que significa “venid a vivir conmigo y aprended de mí” para compartir su vida, habitar en su casa y asistir a su escuela de vida y, más tarde, de cruz. Su enseñanza no es mera transmisión de contenidos religiosos o enumeración de normas de vida. Es una escuela de experiencia, de relación entre Maestro y discípulo.

⁷BENEDICTO XVI, Carta Apostólica en forma de *motu proprio Porta fidei* (Roma 2011) 3 y 7.

Siempre somos discípulos a los pies del Señor aprendiendo a caminar tras él, hablar con Él y compartir con Él. Sólo si somos cristianos entusiasmados y enamorados, unidos a Jesús, buscando lo que él busca, amando lo que él ama, la gloria del Padre, podremos ser auténticos y entusiastas testigos de la Mejor Noticia (cf. EG 266-267). Es necesaria la experiencia de Jesucristo, el Dios-con-nosotros, que nos ha revelado un Dios con rostro misericordioso de Padre, su Padre y el de todos los hermanos, para hacer con él experiencia de hijos y hermanos y vivir, como Él, la pasión por el Reino de Dios.

1.2. Una Iglesia evangelizada: comunidad donde se experimenta a Jesús

La experiencia de Jesucristo ha de ser vivida en la comunidad de la fe, en la que hemos de superar la tentación de creer sin pertenecer, porque un cristiano solo y solitario no es cristiano. Hay que ser cristianos concretos: no se puede perdurar en el aislamiento y en la distancia con los demás creyentes.

“La Iglesia es el espacio ofrecido por Cristo para este encuentro” (MF 3); ella manifiesta, sobre todo en sus celebraciones litúrgicas, que es obra de Dios; ella “hace visible en sus palabras y gestos el Evangelio” (MF 3). De aquí deriva la necesidad de que las comunidades eclesiales sean acogedoras, espacios en donde todos se encuentren “como en casa”. Hay que multiplicar y hacer accesibles a los seres humanos de hoy los pozos en los cuales sean invitados a saciar su sed, a experimentar un oasis en los desiertos de la vida, a encontrarse con Jesús.

Por ello, hay que generar y posibilitar el encuentro real con Jesucristo, íntimo y personal, público y comunitario desde una comunidad nutrida y transformada por la vida litúrgica y la oración (IL 18). Pues existe una relación intrínseca entre fe y liturgia: “lex orandi lex credendi” (IL 97). Y la *lectio divina* (personal y comunitaria) se presenta naturalmente como un lugar de evangelización (IL 97). Sólo desde una nueva escucha orante de la Palabra de Dios, puesta en el centro de nuestra vida cristiana, podremos ser unos entusiastas anunciadores y testigos del Evangelio (cf. *Verbum Domini* 122).

La Nueva Evangelización implica esencialmente que **la Iglesia sea:**

a. Una Iglesia en salida que se renueva desde la misión

- *Dios provoca un dinamismo de “salida” en la vida de los creyentes:* Dios nos saca de nuestra tierra hacia horizontes y desafíos nuevos. El “id” de Jesús es una permanente llamada a cada cristianos y a cada comunidad a “salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio” (EG 20).
- *La alegría del Evangelio es una alegría misionera:* En una dinámica del éxodo y del don que nos lleva a salir de nosotros mismos, y a sembrar siempre de nuevo y más allá (EG 21), sin que nos preocupe la recogida inmediata de los frutos. La alegría que brota de la misión es un signo de que el Evangelio es anunciado.

b. Una Iglesia en camino de conversión pastoral y misionera

- *De la conservación a la misión*
 “Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la auto preservación” (EG 27).
- *Desde el corazón del Evangelio*
 Yendo a lo esencial, que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y al mismo tiempo lo más necesario (cf. EG 35): la belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Jesucristo muerto y resucitado, que nos invita a responderle reconociéndolo en los demás y saliendo de nosotros mismos para buscar el bien de todos (EG 36).

Para renovar lenguajes, costumbres y estructuras

- No se trata de hacer mutilaciones ni presentaciones edulcoradas, sino comunicar ese núcleo esencial del Evangelio que da sentido, hermosura y atractivo al conjunto doctrinal y moral de la fe cristiana desde el propio orden y jerarquía de estas verdades (EG 34, 36 y 39). No tengamos miedo a revisar aquellas “costumbres propias no directamente ligadas al núcleo del Evangelio, algunas muy arraigadas a lo largo de la historia, que hoy ya no son interpretadas de la misma manera y cuyo mensaje no suele ser percibido adecuadamente... o normas o preceptos eclesiales que pueden haber sido muy eficaces en otras épocas pero que ya no tienen la misma fuerza educativa como cauces de vida” (EG 43). No se debe convertir la religión católica en una esclavitud de normas, sino en una vivencia y adhesión libre y gozosa a la fe

c. Una Iglesia Madre de corazón abierto

- *Una Iglesia (una acogida) con las puertas abiertas*

Que sale al encuentro de las periferias humanas, priorizando la escucha y el acompañamiento en los procesos de iniciación y maduración en la fe, más que las urgencias por hacer o resolver (EG 46).

- *Una Iglesia (una acogida) que es la casa abierta del Padre*

La Iglesia ha de ser cauce facilitador de la gracia, no una aduana, sino la casa paterna donde hay lugar para cada uno (EG 47), especialmente para los olvidados, los pobres, los que no cuentan (EG 48), aquellos que no pueden recompensarte (Lc 14,14).

- *Una Iglesia accidentada y herida*

Una Iglesia aferrada a sus propias seguridades acaba centrada en sí misma y encerrada en una maraña de obsesiones y procedimientos.

“Más que el temor a equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos dan una falsa contención, en las normas que nos vuelven jueces implacables, en las costumbres donde nos sentimos tranquilos, mientras afuera hay una multitud hambrienta y Jesús nos repite sin cansarse: «¡Dadles vosotros de comer!» (Mc 6,37)” (EG 49).

1.3. La *diakonía*, lenguaje de la nueva evangelización

La misión de Jesús debería transparentarse en la nuestra. Y la misión de Jesús era, sobre todo, *diaconía* que nos entrega el amor misericordioso del Padre: “he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia (Jn 10,10). Esta *diaconía* del Señor se despliega en la misión del cristiano como una *diaconía* de la fe (beber y ofrecer el agua viva; cf. La samaritana: Jn 4, 5-42) que debe ser de aquella “fe que actúa en la caridad” (Gal 5,6) (acoger y curar al herido; cf. El samaritano: Lc 10, 25-37). Por eso, los apelativos samaritano (*diaconía* de la caridad) y samaritana (*diaconía* de la fe) se han convertido, por muchas razones y por lo que implican, para la Iglesia y para cada cristiano, en los sustantivos imprescindibles de la Nueva Evangelización.

La *diaconía* es el lenguaje que en la Nueva Evangelización, más que con palabras, se expresa, desde la gratuidad, en las obras de fraternidad, de cercanía y de ayuda a las personas en sus necesidades espirituales y materiales.

En el corazón mismo del Evangelio y de la fe está el compromiso por los otros, la promoción humana, cuyo centro es la caridad: el Evangelio de la fraternidad y de la justicia (EG 177-179):

“La Palabra de Dios enseña que en el hermano está la permanente prolongación de la Encarnación para cada uno de nosotros: «Lo que hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, lo hicisteis a mí» (Mt 25,40)” (EG 179). Por eso, “el servicio de la caridad es también una dimensión constitutiva de la misión de la Iglesia y expresión irrenunciable de su propia esencia” (EG 179).

Nuestra propuesta como Iglesia, como cristianos, ha de ser siempre la del reino de Dios y su justicia (EG 180), procurando el verdadero desarrollo que alcance la vida concreta de las personas en todos sus aspectos (EG 181).

1.4. Un clima de comunión y unidad

Para proclamar en modo fecundo la Palabra del Evangelio, se requiere una profunda comunión entre los hijos e hijas de Dios en la Iglesia. Ese es el signo distintivo que hace creíble y eficaz el anuncio: «Os doy un mandamiento nuevo; que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros» (Jn 13,34-35).

Es necesario aunar criterios, puntos de vistas, prácticas en la evangelización para responder así a los desafíos que hemos de afrontar y para evitar el riesgo de la dispersión y de la fragmentación. Un clima de comunión que permita ver con un espíritu diferente los desafíos del presente. Se trata de generar unidad, no uniformidad. La expresión de la genuina catolicidad de la Iglesia muestra “la belleza de este rostro pluriforme”⁸. Y así la Iglesia asume todos aquellos valores de una cultura que pueden enriquecer el anuncio y la vivencia del Evangelio. ¡Qué riqueza de rostros y expresiones en el Camino!

Y esta diversidad no es una amenaza, sino una riqueza para la unidad y la vida de la Iglesia, porque es el mismo Espíritu el que suscita esta riqueza de dones y al mismo tiempo construye la comunión y la unidad “que nunca es uniformidad sino multiforme armonía que atrae” (EG 117) ¡Qué triste un cristianismo (y una Iglesia) que fuese de un solo color y de una sola voz!

⁸SAN JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte* (Roma 2001) 40.

Pero esta diversidad armoniosa de la única Iglesia de Jesucristo no la debemos pensar sólo aplicada a la Iglesia universal: es preciso que la vivamos, la descubramos y la valoremos también en nuestras Iglesias diocesanas, y en todas y cada una de nuestras parroquias, en todas y en cada una de nuestras comunidades, grupos y movimientos, en la Acogida en el Camino.

Los dones y carismas que el Espíritu suscita son para renovar y edificar la Iglesia. No son patrimonio particular o de un grupo concreto: son para la Iglesia, para la comunidad. En la comunión en la diversidad es donde un carisma se muestra auténtico y fecundo (EG 130).

Todos somos conscientes que las diferencias entre las personas y los grupos y comunidades cristianas a veces son incómodas y provocan los conflictos y las fricciones propios de toda convivencia, pero debemos aparcar los particularismos y las desmedidas exigencias personales para que el Espíritu, que suscita esa diversidad y la pluralidad, construya también la armoniosa unidad, una diversidad reconciliada que supere los conflictos (cf. EG 230).

1.5. Un cambio de perspectiva: estar a la escucha y saber acompañar

Más que analizar el hombre y la sociedad, escuchemos lo que nos quiere decir el hombre de hoy: qué vive, qué espera, que piensa de Dios, de la fe, de la Iglesia, de sí mismo... Así evitaremos estar los mismos con los mismos. Qué importante es esto en la acogida del peregrino....

Se trata de iniciarnos todos (sacerdotes, religiosos, laicos) en el arte del acompañamiento para que aprendamos a quitarnos las sandalias ante la tierra sagrada del otro (cf. Ex 3,5): “Tenemos que darle a nuestro caminar el ritmo sanador de proximidad (capacidad del corazón que hace posible la proximidad), con una mirada respetuosa y llena de compasión pero que al mismo tiempo sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana” (EG 169).

La experiencia del acompañamiento nos ayuda a descubrir la prudencia, la capacidad de comprensión, el arte de esperar el tiempo oportuno (Pedro Fabro: “El tiempo es el mensajero de Dios”), la disponibilidad para escuchar, la docilidad al Espíritu (EG 171).

¡Qué importante sabernos escuchar!:

“La escucha nos ayuda a encontrar el gesto y la palabra oportuna que nos desinstala de la tranquila condición de espectadores. Sólo a partir de esta escucha respetuosa y compasiva se pueden encontrar los caminos de un genuino crecimiento, despertar el deseo del ideal cristiano, las ansias de responder plenamente al amor de Dios y el anhelo de desarrollar lo mejor que Dios ha sembrado en la propia vida” (EG 171).

El necesario acompañamiento espiritual debe llevarnos siempre con Cristo hacia el Padre: caminar solos y a nuestra manera nos convierte en “errantes que giran siempre sobre sí mismos sin llegar a ninguna parte” (EG 170). Ya sea en la dirección o acompañamiento espiritual, en la celebración del perdón, en la acogida del peregrino o en la experiencia de hacer el Camino de Santiago, tenemos que aprender a caminar acompañados, pues necesitamos referentes, confrontación, ayuda para discernir y disponibilidad para acoger, caridad para corregirnos y ayudarnos a crecer, sin ceder al fatalismo o a la pusilanimidad:

“La propia experiencia de dejarnos acompañar y curar, capaces de expresar con total sinceridad nuestra vida ante quien nos acompaña, nos enseña a ser pacientes y compasivos con los demás y nos capacita para encontrar las maneras de despertar su confianza, su apertura y su disposición para crecer” (EG 172).

Cada persona somos un misterio de vida que sólo Dios conoce en plenitud, pero en ese misterio que somos cada uno, precisamos que alguien nos invite a curarnos, a cargar con la camilla o con la cruz. Un discípulo que ayuda a otro discípulo para crecer en el seguimiento y en el testimonio misionero (EG 173).

Y finalmente, alentados por el Espíritu y sostenidos por la oración

No vale evangelizar de cualquier forma: hemos de ser evangelizadores con Espíritu. O sea, abiertos a la acción del Espíritu de quien recibimos la fuerza para anunciar el Evangelio con audacia. Pidamos que el fuego del Espíritu arda en nuestros corazones, porque Él es el alma de la Iglesia evangelizadora que sale de sí misma para llevar la alegre noticia del Evangelio a todos los pueblos (EG 261).

Siempre apoyados en la oración, para no quedarnos vacíos y agotados. (EG 259). Necesitamos el aire que se respira con el pulmón de la oración. Necesitamos ese espacio interior que dé sentido cristiano a nuestra actividad y a

nuestro compromiso: “Sin momentos detenidos de adoración, de encuentro orante con la Palabra, de diálogo sincero con el Señor, las tareas fácilmente se vacían de sentido, nos debilitamos por el cansancio y las dificultades, y el fervor se apaga” (EG 262).

Debemos rechazar la posibilidad de refugiarnos en una espiritualidad “fácil y cómoda”, individualista y sin raíces en la vida que solo nos sirva de refugio. Evangelizadores con Espíritu son evangelizadores que oran y trabajan:

“Desde el punto de vista de la evangelización, no sirven ni las propuestas místicas sin un fuerte compromiso social y misionero, ni los discursos y praxis sociales o pastorales sin una espiritualidad que transforme el corazón. Esas propuestas parciales y desintegradoras sólo llegan a grupos reducidos y no tienen fuerza de amplia penetración, porque mutilan el Evangelio” (EG 262).

Hay un modo de oración especialmente importante para la evangelización: la oración de intercesión. Toda oración auténtica siempre incluye a los demás, no los deja fuera: «En todas mis oraciones siempre pido con alegría por todos vosotros [...] porque os llevo dentro de mi corazón» (Flp 1,4.7). La intercesión es como una levadura en el corazón mismo del misterio de Dios que se conmueve para manifestarnos su poder su amor y su lealtad (EG 281 y 283).

Al mismo tiempo, esta oración se debe convertir en acción de gracias, en agradecimiento a Dios por todos los que nos rodean, por todos aquellos con los que convivimos y compartimos la vida (EG 282): «Ante todo, doy gracias a mi Dios por medio de Jesucristo por todos vosotros» (Rm 1,8); «Doy gracias a Dios *sin cesar* por todos vosotros a causa de la gracia de Dios que os ha sido otorgada en Cristo Jesús» (1 Cor 1,4); «Doy gracias a mi Dios *todas las veces* que me acuerdo de vosotros» (Flp 1,3).

2. EL CAMINO (LOS CAMINOS) DE SANTIAGO: UN ÁGORA DE NUESTRO TIEMPO

Es bien conocido por todos que la llamada *ágora* (asamblea) era la plaza pública de las ciudades-estado de la antigua Grecia. Eran espacios abiertos donde confluía la vida comercial, política, social y cultural de la *polis*. Solía estar rodeada de pórticos columnados o *stoa*; de edificios judiciales y administrativos como el *bouleuterion*, donde se reunía la *boulé* o consejo ciudadano para debatir las leyes y el futuro político de la *polis*; de lugares de ocio y vida social como los baños; y de espacios culturales dedicados al fundador de la ciudad, a la deidad protectora, y a los principales dioses del panteón griego (Zeus, Hera, Poseidón, Dioniso, Apolo, Artemisa...). El foro romano sería el equivalente del *ágora* griega. También, nos es bien conocida la presencia de Pablo en una famosa *ágora*, la de Atenas⁹, emplazada al noreste de la Acrópolis, donde el apóstol discute con filósofos epicúreos y estoicos: “Discutía, pues, en la sinagoga con los judíos y con los adoradores de Dios y diariamente en el *ágora* con los que allí se encontraba; incluso algunos filósofos epicúreos y estoicos conversaban con él” (Hch 17, 17-18)¹⁰.

El Camino se convierte en un *ágora* en el que nos podemos encontrar todos, creyentes y no creyentes, los que buscan y los que intuyen, los inquietos y los indiferentes. Nos podemos preguntar **cuál puede ser nuestra aportación específica en la acogida y acompañamiento de los peregrinos**. Necesitamos poco: ligeros de equipaje, pero densos de vida y de ganas de encuentro, de propuestas, de escucha, de hacer camino. “Es hora de saber cómo diseñar, en una cultura que privilegie el diálogo como forma de encuentro, la búsqueda de consensos y acuerdos, pero sin separarla de la preocupación por una sociedad justa, memoriosa y sin exclusiones” (EG 239).

La acogida es un buen momento para trascender la banalidad y hacer de la profundidad y de la búsqueda de sentido un lugar y un punto de encuentro. La espiritualidad no es un patrimonio del creyente, lo es de toda la humanidad: “el cultivo de lo espiritual hace referencia a un plano de realidad superior del ser

⁹ En la época de Pablo, Atenas ya no era la ciudad brillante del mundo antiguo, como lo había sido en los siglos V y IV aC. En este momento, Corinto tiene más importancia política que Atenas en el mundo oriental mediterráneo. El poeta romano Horacio (65 aC – 8 aC) habla de la “vacuas Atenas” (*Carta* 2, 2, 81).

¹⁰ cf. Hch 16, 19: Pablo y Silas en el *ágora* de Filipos.

humano, superior, pero que también puede ser interior a él mismo y frente al cual el ser humano se sitúa en una actitud de búsqueda y, a la vez, de acogida, en actitud reverencial” de búsqueda de realidades que no se poseen suficientemente, dotadas de un espesor que enriquece al ser humano y le lleva a indagar en lo hondo de la realidad, la propia y la ajena”¹¹. En el mar de fondo de los anhelos y necesidades compartidas nos podemos encontrar.

No cabe duda que estamos en una época religiosa: difusa, implícita, invisible, diseminada, secular. Falta el alfabeto y la gramática cristiana, pero hay un lenguaje religioso implícito. Ahora bien, el paso de la espiritualidad a la fe no será una continuidad, sino un acto nuevo de libertad donde se produce la acogida de una llamada y la respuesta libre a la misma¹². Y todo ello sin garantía: es el gran desafío de la fe¹³ (pensemos en experiencias como la de Edith Stein o García Morente). Por eso, “más que el ateísmo, hoy se nos plantea el desafío de responder adecuadamente a la sed de Dios de mucha gente, para que no busquen apagarla en propuestas alienantes o un Jesucristo sin carne y sin compromiso con el otro” (EG 89).

Para ello no basta con despreciar simplemente (integrismo) ni con asumir sin más (sincretismo). Se trata de ofrecer y proponer la fe cristiana como una propuesta humanizadora y trascendente del sentido primero y último de la vida, ya aquí y todavía más allá, desde el Dios de Jesucristo¹⁴. Llamados a ser levadura en esta masa tan amorfa y tan líquida (en la que miramos sin ver y escuchamos sin oír ni entender, cf. Mt 13,33), no podemos ocultar el talento (cf. Mt 25,25) porque la palabra es el primer acto fundante (“En el principio era la Palabra”, Jn 1, 1) y el Evangelio (Palabra definitiva y encarnada) es encuentro: “Creemos y por eso hablamos” (2 Cor 4,13). La luz no oculta los colores, los intensifica.

Nos acusan de quejarnos demasiado, de ser antipáticos, críticos en demasía. No añorem con melancolía aquello de cualquier tiempo pasado fue mejor (Qo 7,10); como tampoco lo de ahora es “el no va más”. Ni hoy no es más difícil que antes, es sólo distinto (EG 263).

¹¹F. TORRALBA, *Creyentes y no creyentes en tierra de nadie* (Madrid 2013), p. 225.

¹²TORRALBA (Madrid 2013), p. 228.

¹³E. STEIN, *Epistolario con Roman Ingarden*, en *Obras Completas I* (Burgos 2002), p. 802.

¹⁴V. VIDE, ‘Comunicar la fe en tiempos de increencia’, *Burgense* 54 (2013), p. 16.

Mantener una posición crítica no significa usar el “no” por bandera, sino pronunciar un “sí” a todo aquello que hay de decente, bueno, verdadero, bello y noble en la persona humana (que es mucho): “dar razón de nuestra esperanza, pero no como enemigos que señalan y condenan” (EG 271). Dicho de otra manera, la Iglesia, los cristianos debemos ser básicamente “un sí”, y no, por sistema, “un no”. A ver si sucede que cuando faltan ideas tenemos sólo palabras, y por ello sería bueno suplicar: “Inspíranos el gesto y la palabra oportuna frente al hermano solo y desamparado” (PE V/b *Jesús nuestro camino*).

Acoger con una sonrisa y no con el ceño fruncido¹⁵. Como dice el papa Francisco, cuando habla de los cristianos que viven una Cuaresma sin Pascua (EG 6), tienen permanente cara de funeral (EG 10) o se dedican a gastar las energías en controlar (EG 94): ¿dónde queda la dulce y confortadora alegría que brota de la frescura original del Evangelio?

Tenemos que ser levadura en este mundo plural, pero con alegría, con el *jairete* (alegraos), aquel saludo radiante con que se dirigía Jesús a las mujeres que habían ido con perfumes al sepulcro en la mañana de Pascua (Mt 28,9), o el mismo ángel a María (Lc 1, 26). ¿Nunca hemos reparado que la primera palabra de Dios en el albor de los tiempos nuevos y plenos fue, y es, “alegría”?

Ni profetas de calamidades (no al pesimismo estéril: EG 84-86) ni encantadores de serpientes. Basta con que aprendamos a hablar, o mejor vivir, desde el lenguaje del testimonio y del amor, porque “sólo el amor es digno de fe”¹⁶. Ya decía el santo de Aquino que “en las realidades que nos sobrepujan, sobre todo, las de Dios, se prefiere el amor al conocimiento”¹⁷.

Porque una cosa es creer y otra ser creíble, y no tanto en la credibilidad conceptual y argumental, cuanto en la personal y comunitaria; la fe es un don y la credibilidad se gana a pulso. Una persona es creíble o digna de confianza cuando es competente (formación, disciplina, investigación), transparente (voluntad explícita de decir la verdad) y cuando le avala la experiencia (y esto sólo se tiene con el paso de los años). Y en el ámbito de la fe la credibilidad depende de la pureza del amor: cuanto más generoso, gratuito, desinteresado y

¹⁵NIETZSCHE, en *Así habló Zaratrustra*, decía: «Mirad a los cristianos. Siguen a un resucitado, pero sus caras son de muertos. ¿Cómo voy a creer a estos cristianos que, siguiendo a un salvador, no tienen cara de redimidos?».

¹⁶H. U. VON BALTHASAR, *Sólo el amor es digno de fe* (Salamanca 2004).

¹⁷SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* II-II, q. 23, art. 6.

universal sea el amor del creyente, más creíble será en su persona y en su testimonio. Un amor incondicional que no distingue a propios de extraños, y que convierte a cualquier ser humano en prójimo, “mi” prójimo¹⁸: en el hermano está la permanente prolongación de la Encarnación (EG 179).

Descubrir que el verdadero conocimiento de Dios es conocimiento del hombre. Sólo la humanidad, el estremecimiento de las entrañas, el profundo dolor del corazón, es «síntoma» de lo divino.

Y esto no es mera estrategia, sino que nace de la experiencia del encuentro con Jesús en la que aprendemos su mismo estilo: hay que amar sinceramente a los hombres con los que compartimos ciudad, vida y espacio (y ágora y camino también), poniendo tanto empeño en defender lo justo como denunciar lo injusto, en rechazar lo malo como promover lo bueno (sin caer en ingenuos buenismos, pero sí reconocer y apoyar las sinceras bondades). Pero, ¿si Dios ya vio que “todo era bueno” porque hemos de mirar constantemente al mundo y sus gentes con la lupa de la sospecha? ¡Mejor sería atender el mundo con el oído grande y abierto de la escucha!: “el ideal cristiano siempre invitará a superar la sospecha, la desconfianza permanente, el temor a ser invadidos, las actitudes defensivas que nos impone el mundo actual” (EG 88).

Ante la desnuda individualidad que nos acecha (donde el individuo queda a merced de quien lo quiera conquistar, comprar o vender), conviene afirmar que no es en soledad y aislamiento, sino en hermandad donde el hombre, cada persona, puede respirar con holgura para vaciarse de excesos y colmar los vacíos. Los cristianos tenemos aquí una responsabilidad única en medio de esta ágora: ser testigos de la paternidad de Dios y de la fraternidad de Cristo. Tenemos que mostrar en concreto que ambas son capaces de engendrar vida y compañía, cercanía y esperanza en los que se ven arrinconados en la soledad, desvalidos en su orfandad y errantes en esa terrible tierra de nadie que es la marginalidad, escenario de un drama del que todos somos actores, mucho más que espectadores.

Debemos ser testigos al servicio de una vida más humana y humanizada (una gran lección para tiempos de pandemia), entendida como don de Dios y como tarea humana, promotores de una cultura de la vida digna del hombre y de todo hombre (sin abstracciones). Frente a pretensiones que la convierten en

¹⁸TORRALBA (Madrid 2013), p. 296.

producto o en mero bienestar (sólo de algunos) debemos “desarrollar todo lo que significa “cualidad” de la persona en cuanto individuo original, diferenciado de los demás seres, capaz de amor y libertad responsable, y llamado a crecer en la convivencia y el diálogo social”¹⁹.

Quizás todo consista en compartir con los peregrinos (siempre después de haber gustado también nosotros) aquellas palabras de Jesús a la samaritana: “Si conocieras el don de Dios” (Jn 4,10). El cristianismo no es un sermón, ni pretende buscar ni hacer prosélitos, sino transmitir una experiencia, la de haber conocido el don de Dios que nos llama a ser “personas cántaros” (EG 86) por nuestra donación. Procurar un testimonio atractivo que no sea ejercicio de mera estética, sino proclamación de la única Belleza, aquella que emerge de la Bondad de Dios y de los buenos (sin buenismos ingenuos, claro está).

CONCLUSIÓN

Concluyo con unas palabras del papa Benedicto XVI:

“El mundo de hoy necesita personas que anuncien y testimonien que es Cristo quien nos enseña el arte de vivir, el camino de la verdadera felicidad, porque él mismo es el camino de la vida; personas que tengan ante todo ellas mismas la mirada fija en Jesús, el Hijo de Dios: la palabra del anuncio siempre debe estar inmersa en una relación intensa con él, en una profunda vida de oración. El mundo de hoy necesita personas que hablen a Dios para poder hablar de Dios. Y también debemos recordar siempre que Jesús no redimió al mundo con palabras bellas o medios vistosos, sino con el sufrimiento y la muerte. La ley del grano de trigo que muere en la tierra es válida también hoy; no podemos dar vida a los demás, sin dar nuestra vida: «el que pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará», nos dice el Señor (Mc 8, 35). Viéndoos a todos vosotros y conociendo el gran compromiso que cada uno pone al servicio de la misión, estoy convencido de que los nuevos evangelizadores se multiplicarán cada vez más para dar vida a una verdadera transformación que el mundo actual necesita. Sólo a través de hombres y mujeres moldeados por la presencia de Dios, la Palabra de Dios continuará su camino en el mundo dando

¹⁹OBISPOS DE PAMPLONA Y TUDELA, BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA, *Al servicio de una vida más humana*, 43 (Cuaresma- Pascua 1992).

sus frutos. Queridos amigos, ser evangelizadores no es un privilegio, sino un compromiso que deriva de la fe²⁰.

Este camino de la Nueva Evangelización puede parecer **una ruta en el desierto**; sabemos que tenemos que recorrerlo llevando con nosotros **lo esencial**: el don del Espíritu Santo, la cercanía de Jesús, la verdad de su Palabra, el pan eucarístico que nos alimenta, la fraternidad de la comunión eclesial y el impulso de la caridad. Es el agua del pozo la que hace florecer el desierto y como en la noche del desierto las estrellas se hacen más brillantes, así en el cielo de nuestro camino resplandece con vigor la luz de **María, la Estrella de la nueva evangelización y Madre de la Acogida** (acogió en su seno al Hijo de Dios), a quien, confiados, nos encomendamos.

²⁰*Encuentro con los responsables de los organismos eclesiales para la Nueva Evangelización organizado por el Consejo Pontificio para la Promoción de la Nueva Evangelización. Discurso del santo padre Benedicto xvi. Sala Pablo VI, sábado 15 de octubre de 2011).*